

LA EMOCIÓN DE TRADUCIR

*Comunicación del académico Santiago Kovadloff,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 10 de julio de 2013*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar) en el mes de noviembre de 2013.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2013 / 2014**

Presidente Académico Ing. MANUEL A. SOLANET
Vicepresidente . . Académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF
Secretario Académico Dr. LEONARDO MC LEAN
Tesorero Académico Dr. RODOLFO A. DÍAZ
Prosecretario . . . Académico Dr. JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Protesorero Académico Dr. ROSENDO FRAGA

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes
Dra. María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI.	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín

ACADÉMICO EMÉRITO

Dr. Carlos María BIDEGAIN

LA EMOCIÓN DE TRADUCIR

Por el académico DR. SANTIAGO KOVADLOFF

Sobre el goce de traducir poco y nada he leído. Mucho, en cambio, sobre los riesgos a que se expone quien lo intenta, los infortunios que acarrea al traducido o la indigencia en la que fatalmente naufragan los resultados del traductor. No obstante, en traducir se insiste y creo que con razón. Dudo que no sean mayoría quienes, sin saber dos palabras de griego, han accedido, acceden y accederán a muy buena parte de la riqueza de Eurípides y Platón. ¿Y a cuántos ascienden los que valoran la *Eneida* de Virgilio o la *Divina Comedia*, ignorando el latín y sin comprender el italiano? Reconocerlo es admitir que, en muchas ocasiones y más allá de peros y resquemores, la traducción inspirada sabe consumir su cometido. Hacerla bien es posible y si resulta infrecuente no lo es más que llevar a cabo cualquier emprendimiento de calidad. Al final de cuentas y puesto que traducir es un arte, resulta lógico que en su ejercicio no sobreabunden los agraciados. Un arte y, claro está, labor de altísima artesanía. Traducir es, para mí, tarea equiparable por su exigencia y disfrute a la del intérprete musical, labor neta de ejecutante, como bien lo sostuvo hace ya mucho Jaime

Rest¹, y ocupación en varios aspectos equivalente a la del actor. Demanda, como dije, no menos inspiración que conocimiento, no menos veteranía que disposición. Y si en esto de traducir las imposiciones de la objetividad no pueden desoírse puesto que atañen a los mandatos del texto que se aborda, tampoco cabe dejar de lado la íntima valoración, el olfato selectivo, la intuición del catador y ese espíritu agraciado que no puede estar ausente en quien emprenda la faena.

Es mi convicción, nada original por otra parte, que la piedra de toque en el logro de una versión afortunada no es otra que el amor por lo que se traduce. De modo que no vierte bien quien conoce sino quien ama lo que conoce y de divulgarlo se alegra tanto o más que si de cosecha propia se tratara. Así lo entiende Axel Gasquet:

¿Qué encontrarnos en una traducción si la despojamos de una mera decisión administrativa o editorial? Un gesto de amor y entrega, de don que se prodiga sin esperar devolución. El traductor literario (y aquí incluyo no solo la narrativa, sino la poesía, el ensayo, la filosofía) trabaja por evidente simpatía con una obra, trabaja por “afinidades electivas” con tal o cual original, con ese o con aquel otro autor. [...] Porque se traduce lo que se hubiera querido escribir².

No conviene, a mi parecer, traducir sino de los idiomas que habitaron nuestras vidas. Quiero decir que no basta con saberlos. Lo esencial es haber sido o ser en ellos. Las lenguas en las que hemos sucedido, aquellas en las que el tiempo se nos brindó con sus goces y sus penas, y en las que expresarnos fue para nosotros vitalmente decisivo, son las que, cuando hay vocación literaria, mejor dotados nos encuentran para encarar su traducción. Yo ocurrí en

¹ Jaime Rest, “Reflexiones de un traductor”, *Sur*, N^{os} 338 y 339, Buenos Aires, enero-diciembre de 1976, pág. 192.

² Axel Gasquet, “Babel redimida”, ídem, pág. 20.

portugués, si así se me acepta que lo diga, y ello durante años para mí fundamentales. Dejé, en esa medida, de frecuentarlo y sentirlo como un idioma extranjero. Quien sabe abrirse a los secretos de la lengua que traduce, capta y comulga tanto con el sentido de lo dicho como con la cadencia del enunciado escrito, y es esa respiración hábilmente preservada la que vuelve inconfundible una versión exitosa³. Se deja en cambio de escucharla al optar por el camino de la literalidad, vía que se revela muerta cuando lo que se busca es acceso a los acentos personales de la voz de quien escribe. El mejor acatamiento al texto traducido demanda imaginación, aptitud para el desvío o las sendas laterales, así como saber valerse de las analogías y lo latente, siempre que con ello no se afecte el propósito ni el tono del autor. Y ello, estoy seguro, en igual medida para la prosa y el verso, puesto que la prosa, cuando de veras lo es, no va a la zaga de la poesía ni en logros ni en exigencias. Es obvio que la alegría de traducir proviene, en amplia medida, de saberse sirviendo a la difusión de quien a juicio nuestro lo merece, alentando así su reconocimiento. ¿Pero cómo no pensar además que, al proceder de este modo, se deja atrás la maldición de Babel, el mandato que forzó la dispersión de quienes debieron haberse buscado, no para volver a homologarse, sino para empeñarse en dialogar a partir de su diferencia? La hostilidad que reviste casi siempre lo que nos impresiona como extraño, los recaudos que suele aconsejar el trato con lo escasamente identificado o con lo que a fuerza de ser otro parece desafiar nuestro afán de cercanía dejan de ser lo que aparentan mediante la traducción. Los puentes del intercambio enlazan, así, orillas que parecían mutuamente inabordables. No es que el otro en su otredad desaparezca. Todo lo contrario. Su singularidad se proyecta al primer plano, se afirma

³ Recuerda Roberto Bein que Luis Jorge Prieto entendía el concepto de fidelidad en la traducción como “invariancia de sentido [...], como equivalencia en términos semánticos”. [“Las ideas de Luis Prieto sobre la traducción”, ídem, pág. 10.] A su vez, Fernando Sánchez Sorondo cree que “Si la traducción es válida, existirá siempre una invariante con respecto al texto original que persistirá en la traducción.” “El oficio de traducir”, ídem, pág. 17.

y gana evidencia al volverse inteligible en la buena traducción. Ofertándole transparencia, la traducción infunde a esa alteridad la indispensable nitidez que permite reconocerla. Es, pues, por obra del discernimiento que ella resulta identificable. Lo que sí se neutraliza y con seguridad decrece es la angustia que acarrea lo inasimilable, la diferencia en lo que tiene de inaccesible, lo que en un primer momento no nos remite a nada familiar. De modo que traducir es ir haciendo del otro, en principio ajeno, un semejante; acogiéndolo y dejándose acoger por él, sin que por ello su singularidad se desdibuje.

La aptitud para traducir nos habla de ese don facultador de cercanía, de esa hospitalaria propensión a inscribir al extranjero en el rango de lo abordable. El hecho de poder hacerlo proporciona una alegría inconfundible, a la que me inclino a llamar solidaria. Consiste en convertir al otro en un prójimo y disolver, en esa vecindad, la ancestral desconfianza que nos despierta lo desconocido. Traducir es ofrendar la maravillosa especificidad de ese vecino a quienes de otro modo no la podrían disfrutar. En esta medida es servicio y nos trae la buena nueva de que el mundo del otro no solo no es infranqueable sino que es un mundo que nos atañe ya que también él es revelador de lo que somos.

Se impone aquí, en consecuencia, una digresión que busca el debate con quienes atribuyen a la tarea de traducir una finalidad metafísica y presuntamente más radical que la de acercarnos a ese extranjero que con su diferencia tanto dice de nosotros.

Si bien Roberto Juarroz sostiene que “Una de las funciones esenciales [de la traducción] es superar la confusión de las lenguas”⁴, no llega a tanto como Walter Benjamin en su célebre ensayo “La tarea del traductor”⁵. Benjamin afirma que el empeño

⁴ Roberto Juarroz, *Poesía y creación. Diálogos con Guillermo Boido*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1980, pág. 106.

⁵ Walter Benjamin, *Angelus Novus*, Edhasa, Barcelona, 1971, págs. 127-144.

en traducir responde al imperativo de ir más allá, tanto de la lengua extranjera cuanto de la propia, en pos de una “lengua pura”. Ésta opera como paradigma y, si bien es inalcanzable, ideal o irre recuperable –lengua primigenia cuya vigencia habría precedido la catástrofe del desentendimiento y la dispersión suscitados en Babel–, aflora o cristaliza como anhelo o vocación que estimula el proyecto o el acto de la traducción. Es esa meta canónica, donde idealmente se disuelven las últimas disonancias entre el idioma del que se vierte y al que se vierte, el horizonte hacia el que tiene la secreta voluntad del traductor cabal. Se trataría, en fin, de hacer patente la sed de reencuentro con la lengua inaugural y unitaria cuya hegemonía la gran torre trunca sepultó en el fracaso.

Antoine Berman⁶ discrepa con la concepción benjaminiana de la traducción. Su punto de vista, con el cual coincido, entiende que es metafísica la visión del ensayista alemán en tanto traducir es aspirar o proponerse como objetivo la exaltación de esa “lengua pura” y universal que restablecería, si se la reencontrara, la perdida unidad sobre cuya extinción nos habla Génesis 11. Metafísica es esa visión, insiste Berman⁷, porque consiste en buscar, más allá de la profusión de las lenguas empíricas, el “puro lenguaje” que toda lengua lleva ínsito en ella como su eco mesiánico. Un objetivo como ése –que nada tiene que ver con el objetivo ético– es metafísico en la medida en que, platónicamente, busca un más allá “verdadero” de las lenguas naturales. [] Es la traducción *contra* Babel, contra el reino de las diferencias, contra el dominio de lo empírico.

Como bien se lo ve, a esta perspectiva trascendentalista de los fines últimos de la traducción opone Berman una valoración ética de dichos fines. Él nos habla de una “pulsión hacia la traducción” (*pulsion traductrice*) a la que concibe como fundamento psíquico

⁶ Antoine Berman, *L'épreuve de l'étranger*, Gallimard, París, 1984.

⁷ Ob. cit., pág. 21.

del acto de traducir y a la que llama también “deseo de traducir” (*désir de traduire*). Sin esta “pulsión psíquica”, sin este “deseo de traducir”, [la] meta ética no sería más que un imperativo impotente. La mimesis consumada por la traducción [“*mimesis traduisante*”] es forzosamente pulsional. Pero, al mismo tiempo, rebasa la pulsión, porque no aspira ya a esta secreta destrucción/transformación de la lengua materna que esa pulsión busca al orientarse hacia un objetivo metafísico. En la superación que representa la meta ética se pone de manifiesto otro deseo: el de entablar una relación dialógica entre la lengua extranjera y la lengua propia⁸.

Este encuentro de resonancias buberianas entre las lenguas no anhela sino la concreción de un recíproco reconocimiento inmanente, celebración de la convergencia en el marco de la diversidad que les es propia, y que ya no constituye un empecinado intento de reducir la diferencia a mera mediación orientada hacia un horizonte trascendente o externo a esas mismas lenguas.

Vuelvo ahora al cauce de mi reflexión. Cuando se afirma que el traductor de poesía debe ser, él mismo, poeta, se asegura algo igualmente decisivo para el abordaje de la prosa. Pero no necesariamente porque el traductor cultive como autor el género del caso. Se trata de algo más sutil. El traductor literario, sea cual fuere el registro que lo convoque, debe sentir los desvelos expresivos que soporta el escritor. Debe ser, en el ejercicio de su trabajo interpretativo, él también un escritor. De lo contrario no podrá hacerse responsable de lo que el texto le solicita. Y lo que el texto le solicita es que haga “claro y vivido”, según el clásico enunciado de Maurice Bowra, lo que al propio idioma se vierte; de hacer lo posible, y aun lo imposible, para que no domine la impresión de estar leyendo una traducción.

Si bien es inusual que el lector medio retenga el nombre del traductor que tanto le ha dado (y al que, por eso, más que lector

⁸ Antoine Berman, ob. cit., pág. 23.

medio, habría que llamar medio lector), hay en este hecho algo que de algún modo lo explica. Se afirma que el buen traductor es aquel cuya presencia pasa inadvertida. Habría que decir, más bien, que en toda versión consumada el buen traductor y el autor se enhebran en una singularísima interdependencia que, sin homologarlos, impide distinguirlos con entera precisión. Hay, pues, una región de difusos contornos donde sin duda convergen; una comunión eminente que los vuelve inescindibles para bien de ambos artistas, y todo ello, claro está, en la percepción de quien los lee y por obra de su lectura. De modo que cada logro del escritor en otro idioma que el suyo es un triunfo simultáneo de su traductor. Ello explica que el traductor pase fatalmente desapercibido, ya que sabe cómo proceder para no resentir el indispensable protagonismo del autor. Su eficacia es tal que no se lo nota. Pero –y está es la paradoja– si no se lo nota, debiera advertírsele pues no hay duda de que, para pasar inadvertido, allí debe estar⁹. Corresponde, pues, reconocerlo tal como ocurre con el actor que desempeñando su papel acabadamente logra hacer olvidar, por lo menos hasta el momento en que la obra culmina, que alguien sostiene con su cuerpo y con su temple al personaje que nos atrapó.

He oído decir que no es habitual que los traductores sean también autores. Más allá de su papel de intérpretes, según me cuentan, suelen argumentar que ellos mismos no tienen, en cuanto tales, nada que decir. Así me lo aseguraba Alicia Zorrilla, amiga, gramatóloga y colega en la Academia Argentina de Letras, y miembro de una prestigiosa corporación de traductores. Así también, mi mujer, que es psicoanalista, recordándome que ésas fueron más o menos las palabras que unos de los principales traductores argentinos de la intrincadísima escritura de Lacan se endilgó a sí mismo terminantemente.

⁹ A la del traductor, B. J. Chute la llama “la profesión invisible”. (“La necesidad de traducción”, Sur, Nos 338 y 339, Buenos Aires, 1976, pág. 47.)

En cambio, entre poetas, narradores y ensayistas, por lo que sé, esto no ocurre. En estas latitudes de la expresión es, por el contrario, creencia asentada que solo un escritor puede desempeñarse como traductor de otro, creencia que estoy dispuesto a hacer mía si se entiende que ese escritor que el traductor debe ser no necesariamente se revelará como tal produciendo ficción, poemas u obras de imaginación conceptual, sino que lo hará traduciendo, en el trato con el libro cuya versión emprende, y no fuera de él. Debe, en suma, ejercer como escritor al traducir, responsabilidad que si bien no le impone crear un mundo, sí lo convoca a sostener, en la credibilidad y el encanto de su enunciado, el mundo que da a conocer.

Para llegar a infundir vida en nuestra lengua a una obra foránea, sea ésta de arte o ideas, hace falta comulgar con el espíritu de quien la ha creado. Intérpretes musicales y compositores deben ser el mismo artista, aunque sean distintas personas y ello vale, por supuesto, para la relación entre autores y traductores de literatura. La empatía alcanzada en tal sentido es ese punto axial de convergencia que impide distinguir, al leer la traducción, quién ha escrito y quién ha traducido. Mucho es, dicho sea de paso, lo que la tradición judía aportó a la comprensión de la naturaleza de la interpretación, de la cual la traducción no es sino una variante. Su concepción de la exégesis bíblica guarda notables coincidencias con lo que me empeño en transmitir.

La tradición judía se refiere comúnmente a dos partes de la Torá: la Torá escrita (los cinco libros de Pentateuco) y la Torá oral (el conjunto de los textos exegéticos que se esfuerzan por echar luz sobre el sentido de la primera). Esta Torá oral, como lo indica su nombre, es considerada como parte intrínseca de la Revelación. ¿Cómo decir más claramente que no hay revelación pura, separada de su interpretación y que el texto no vive más que por la gracia de un encuentro?¹⁰

¹⁰ Marlène Zarader, *La dette impensée. Heidegger et l'héritage hébraïque*, Éditions du Seuil, París, 1990, pág. 105.

Cuando a fines de año 62, regresé de San Pablo a Buenos Aires, la literatura brasileña se encontraba malamente difundida en la Argentina. El portugués era poco menos que un idioma ignorado, cuando no subestimado por los interesados en las lenguas modernas. Nada significaban todavía, para la mayor parte de los aficionados locales a la literatura, nombres como los de Manuel Bandeira, Mário de Andrade, Graciliano Ramos, Antônio Cândido, Guimarães Rosa, Euclides da Cunha, Carlos Drummond de Andrade, João Cabral de Melo Neto y muchos otros, aunque ciertamente ya abundaban los espíritus cautivados por la prosa de Jorge Amado.

Empecé a traducir como se empiezan tantas cosas: porque sí, para probar, a los tanteos y sin programa o intención que excediera el impulso ocasional, aunque alentado por las ganas y sin sospechar todavía que ya estaba incursionando en uno de los terrenos donde habría de arraigar mi vocación de escritor.

Traduje, en un principio, por el gusto de hacerlo y para mis amigos, interesado en dar a conocer alguno que otro fragmento de una literatura querida y sin ningún propósito de divulgación que excediera a ese círculo afectivo.

En aquellos años sesenta, mi portugués, aun siendo endeble, era mejor que mi castellano, estropeado como andaba por el desuso, tras un lustro absorbente y largo de vida en el Brasil. Empezar a traducir era también empezar a traducirme, ir en mi búsqueda, empeñarme en recuperar un idioma, el idioma en el que yo quería escribir. Tampoco era consciente de ello por entonces pero así resultó en los hechos. Más aún: creo hoy todavía, al cabo de tanto tiempo, que traducir sigue siendo, en mí, un incesante e interminable ejercicio de retorno, pues por más que el regreso haya tenido lugar hace ahora cinco décadas, sigo de algún modo sintiendo que no termino de estar aquí, aunque la Argentina sea mi tierra y en ningún otro sitio sepa vivir. De manera que es para seguir llegando que traduzco y vuelvo a traducir, y seguiré seguramente tradu-

ciendo. Este empeño simultáneo de celebración y reconquista, al que también debo llamar de reconstrucción, fue en un comienzo, como queda dicho, esporádico aunque siempre festivo. Un día se me ocurrió desplegar esa alegría en forma orgánica y mediante un proyecto de larga duración: componer una antología de poesía brasileña. En el año 72, Aldo Pellegrini resolvió editarla y con ella vio la luz el primero de mis libros¹¹. Así fue como el gusto de traducir, que aún estaba lejos de ser un arte en el que hubiese logrado la indispensable pericia, se convirtió de lleno en interés central y en aspiración mayor de mi vida literaria. Alguna vez, me decía por entonces, traduciré a Guimarães Rosa; alguna vez, a Fernando Pessoa.

Con la fatal insolvencia de los advenedizos pero no sin resolución, ideé en aquel momento un método de trabajo que me permitió abordar con algún criterio los textos de esa antología inaugural. Mediante aproximaciones sucesivas, me propuse ir dejando atrás distintas clases de problemas: terminológicos y semánticos, métricos y prosódicos, tonales y temáticos, según los textos fueran más o menos cercanos al lenguaje coloquial.

Mis primeras incursiones en la traducción —aquéllas en que se me insinuó el placer de traducir— no fueron sin embargo del portugués sino al portugués y las realicé en el colegio secundario. Al portugués desde el latín de Catulo, César, Séneca, Virgilio, Horacio, Ovidio y Cicerón, tal como por entonces solía ocurrir en buena parte de los colegios de Brasil, y especialmente en el mío que, siendo italiano, enaltecía como ninguno la enseñanza de la lengua romana.

Encontré muy pronto, en la resolución tenazmente imperfecta de los problemas de concordancia y conjugación que me imponía la traducción de latín, un gusto y una emoción que no supe

¹¹ Santiago Kovadloff, *Poesía contemporánea del Brasil*, Fabril Editora, Buenos Aires, 1972, 167 págs.

descubrir en las matemáticas, aunque en más de un aspecto calcular y traducir guarden parentesco. El cumplimiento regular de ese tránsito de una lengua a otra brinda, a quien lo realiza con vocación, un júbilo al que no concibo como muy distinto del que los alquimistas, consagrándose a lo suyo, dijeron conocer. Traduce de veras quien sirve a la íntima intención del escritor elegido, en un ir y venir del que nos habla literalmente la palabra traducción, y que si se distingue por el fervor del empeño con que se lo cumple, no menos lo hace por el placer que depara esa búsqueda amorosa de acoplamientos y correspondencias. A mi modo y como pude, empecé a sentirlo yo hacia los quince años y de allí en más, siempre que traduje, me premió con abundancia aunque no lo mereciera.

El esfuerzo que demanda el discernimiento de los mejores criterios para traducir a un maestro del idioma, lejos de descorazonarme, me entusiasma y me invita al trabajo lento, minucioso y ajustado, con la misma resolución con que otros se lanzan a navegar en aguas turbulentas o a escalar cumbres escabrosas. La paciencia cumple aquí, al igual que en la escritura, un papel invaluable. Algo del buen viñatero o del sembrador templado por su oficio se juega en todo esto. No me extraña, por eso, que la palabra poesía haya estado estrechamente unida, en el griego primitivo, a la noción de la tierra que se trabaja.

Interrogo una línea, pondero un verso, exploro sin apuro los matices de un término, sometiendo sus propiedades a una consideración que solo estimo suficiente cuando, a fuerza de prolongarla, me deja extenuado. Busco debilitar las resistencias del original mediante avances sucesivos, entrándole al texto por distintos flancos, más que en una arremetida única, general e indiscriminada.

Pero no todo lo recaudado resulta de la premeditación y la estrategia. Con frecuencia me he visto sorprendido por propuestas inesperadas y rebosantes de inspiración. Aun así, no se me escapa que las ocurrencias y los hallazgos súbitos solo premian con creces la convivencia demorada y atenta con los enigmas de la obra,

solo coronan la búsqueda tenaz y a veces obstinada de la mejor solución. Por eso hay que decir francamente que es imposible dejar de sentirse, si no coautor, al menos fogonero de las maravillas que guarda el texto vertido, cuando se las preserva y se las realza en una buena traducción. Y así como se afirma de una composición musical o de una obra de teatro que se la valora especialmente en la versión o en la puesta de tal o cual director, así también debiera afirmarse más seguido de la lectura que de un libro extranjero se realiza en el propio idioma. Pero no son éstas sino sutilezas de la sensibilidad y el entendimiento cuyo disfrute a casi todos, por varios motivos, se nos escapa. Considero –y vaya esto solo a título de ejemplo personal– que mi desconocimiento sustantivo del alemán y del hebreo no me ha privado de la felicidad de leer ni a Schopenhauer, ni a Kafka, ni a Rilke, ni a Shmuel Agnon. Y por ello no me canso de dar gracias a sus buenos traductores, a quienes he aprendido a apreciar cotejándolos con los malos, tanto en mi idioma como en otros que sí puedo leer. No sabría dissociarlos de mi admiración por esos cinco grandes, así que, sin confundirlos ni olvidar quién precede a quién, los integro en un solo y hondo reconocimiento.

Sé pues y por último que esta alegría que me gana al traducir es equiparable, cuando no equivalente, a la que me produjo el retorno definitivo a la Argentina. Goce de la lengua gradualmente reconquistada, restañada en mí poco a poco, y goce enlazado a la emoción del suelo vuelto a habitar, reanudación de algo muy mío y por fin recuperado, al menos en ese orden simbólico que alienta a soñar nuestra vida, si no como unidad, sí como un continuo en cuyo despliegue creemos reconocernos.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico René Balestra

Quiero felicitar a Kovadloff y quiero que lo felicitemos todos porque es poco común que un traductor, además de ser un excelente escritor, un filósofo, un poeta, porque sus escritos tienen vuelo poético, es un traductor excelente, por eso lo único que objetaría es cuando al comenzar su exposición él dijo que lo que interesa es el talento del escrito original, no, en el traductor interesa el talento del escrito original y el talento del que lo traduce. Porque los italianos han acuñado la frase famosa porque “los traductores suelen ser traidores”. Nosotros hemos tenido el caso de Borges, por ejemplo, que nos ha hecho conocer algunas cosas admirables, y a veces leyendo algunos textos extranjeros, hemos recordado lo que Borges decía: “que el amor era una especie de conmoción, como la cercanía del mar”. Lo que se experimenta cuando uno está cerca del mar. Así también me pasó a mí en mi adolescencia que fue atravesada y embellecida por Anatole France con un traductor español que papá decía que se había frustrado como escritor, adhiriendo a la literatura del abate Coignard.

Lo cierto es que yo leyendo las *Memorias del abate Coignard*, *El jardín de Epicuro* y *Los dioses tienen sed* y *La rebelión de los ángeles*, además de embellecer mi juventud, han embellecido mi vida, y eso es lo que el traductor hace.

Quiero terminar con una frase de Octavio Paz; él refiriéndose a los libros dice que son Lázaros muertos que necesitan el lector que los resucite. He pensado que la literatura extranjera son muertos que están allí, rodeándonos, los traductores son los que los resucitan. Los grandes traductores como es el caso de Kovadloff.

Académico Eduardo Quintana

Adhiero a los elogios respecto a la exposición del Dr. Kovadloff, ya que a su excelente pluma se añade la excelencia de su oratoria. Sobre el tema abordado en esta sesión, añado desde otra perspectiva, que el traductor es un vehículo de universalización de la cultura, ya que en principio las culturas se expresan en lenguas distintas que son ininteligibles para quien no es políglota o sea para el común de la gente. Pero en el supuesto, que creo imposible, de *estandarizarse* la comunicación en un único idioma mundial, se perdería la enorme riqueza manifestada en las particularidades de cada cultura. Gracias a los traductores podemos tener la universalización y humanización de la cultura, que es un valor extraordinario. Para finalizar este comentario, retomo la referencia del expositor a las escuelas de traductores medievales (entre otras Toledo) que en un mundo en permanentes conflictos religiosos y políticos, como los que vivían cristianos, judíos y musulmanes, supieron superar esas diferencias para hermanarse en una labor mancomunada, que dio como fruto, el conocimiento en ámbitos muy distintos: de Aristóteles, rescatado por los árabes, de Maimónides, de Avicena, de Averroes y de tantos autores de la antigüe-

dad y temprana edad media que fueron las fuentes que inspiraron, entre otros el pensamiento renovador de Tomás de Aquino.

Académico José Claudio Escribano

Me pareció magnífica la exposición del académico Kovadloff. En verdad, siempre quise leer un texto que pudiera titularse *Elogio del traductor*, por oposición a *Traduttore traditore*, porque el traductor –el buen traductor– cumple un papel en el mundo de la cultura de extraordinaria importancia: practica un arte, y un arte de aproximación a mundos que de otra manera no estarían a nuestro alcance. Lo que importa es su honradez intelectual y su conocimiento global de la obra de aquel a quien va a traducir. La obra del traductor comienza por la interpretación de la letra, pero de pronto debe interpretar el espíritu de lo que se ha querido decir y para eso debe conocer la obra general de aquel a quien traduce. Es cierto lo que ha dicho Kovadloff de que las traducciones van pasando por períodos críticos, en los que los traductores, de pronto, están sometidos a juicios severos. Luego se descubre que tenían el valor que no les era reconocido en el momento en que comenzó la difusión de sus trabajos. Desde hace bastante tiempo, cuando en Buenos Aires se pregunta qué buena traducción de *La Divina Comedia* puede leerse en español, se dice de manera rotunda que la de Angel Battistessa, pero ahora también se dice que la de Mitre, tan denostado por los viejos escritores nacionalistas. Lo criticaban con acritud y hasta habían labrado unas coplas, insolentes pero risueñas, y que refiriéndose a la casa donde había vivido y trabajado Mitre, sobre la calle San Martín, que era de color pardo, imaginaban a alguien que iba caminando precisamente frente a esa casa, digo, y le advertían “en esta casa pardusca/ vive el traductor del Dante./ no te detengas caminante./ no sea que te traduzca”. Hoy, predomina la idea de que la traducción de Mitre de *La Divina*

Comedia es buena. Se pueden traducir hasta las obras labradas de modo más complejo e introspectivo, hasta las de belleza suprema. Creo que un modelo elocuente de eso son los dos primeros tomos de los siete de *En busca del tiempo perdido*, traducidos por el gran poeta español Pedro Salinas. Constituyen realmente una joya de la literatura. Y, también, cuántas traducciones han habido que han sido deplorables e impedido que tomáramos conocimiento de la verdadera valía de algunos autores. Por ejemplo, circula por Buenos Aires (los propios editores admiten lo que voy a decir), una edición de Edhasa de *El guardián entre el centeno*, de Salinger, considerada calamitosa, cuando la verdad es que está hecha como recreación al español de una de las pocas obras que escribió un escritor norteamericano que, en los últimos treinta o cuarenta años de vida, se mantuvo en silencio, pero que con sólo ese libro —y en particular con éste— se ganó un lugar imperecedero en la historia de la literatura norteamericana.

Creo que en la Argentina hemos tenido buenos traductores porque tuvimos grandes, eficientes y exigentes editoriales, aquellas de los años 30, 40, 50, hasta comienzos de los 60, muchísimas de las cuales las hemos perdido. Las grandes obras de la literatura universal al español comenzaron a traducirse desde entonces desde Barcelona y desde México, cayéndose muchas veces en localismos que afectan lo que el escritor traducido quiso decir con tono más universal. Esas malas traducciones suelen estar plagadas de gazapos que golpean el ojo del lector. Aquí tenemos buenísimos traductores, como Costa Picazo, y también los hay muy buenos en España, como José María Salvatierra, que ha logrado una versión admirable de “Los papeles de Pickwick”.

Académico Eduardo Martíre

Me sumo a las felicitaciones al académico Kovadloff y al buen tino del tema que francamente ha superado todas las expectativas. Un homenaje a los traductores me parece que era imprescindible, de manera que a su exposición se une el acierto de encontrar el tema; lo ve usted en la repercusión. Quiero acompañar al Dr. Quintana en este reconocimiento del valor que han tenido los traductores recordando la evangelización de América. Las traducciones a las lenguas vernáculas la permitieron, y la preocupación de la corona española porque se evangelizara en su propia lengua a los indígenas es un monumento a la importancia del traductor, y una demostración de su eficacia. Así que quería sumarme a la felicitación y hacer un recuerdo acompañándolo a Quintana de estas traducciones, sin las cuales hubiera sido imposible desarrollar una tarea tan superior como la de Aquino y como la de los evangelizadores españoles. Se conservan verdaderos monumentos de esas traducciones.

Académico Enrique Molina Pico

Felicitar al académico Kovadloff y a todos los académicos que me han presidido en el uso de la palabra, por las excelentes presentaciones que además han tenido la particularidad de llamarme la conciencia de mis propias limitaciones en el tema. Quiero hacer una pregunta de orden práctico: ¿Cómo interviene el interpretariado en este orden de la traducción?, le veo el desafío adicional de tener que traducir en tiempo real y quizás la no permanencia en el tiempo de la palabra hablada.

Académico Santiago Kovadloff

Muchas veces he trabajado en años de mi juventud como intérprete, haciendo interpretación simultánea, no sólo sucesiva, sino también simultánea, con los dos idiomas más cercanos vivencialmente a mí que son el italiano y el portugués. Lo cierto es que la finalidad de la traducción simultánea es brindar, a quién no comprende el idioma original en el que se expresa un expositor, una idea de lo que está diciendo, a menos que el autor que expone lo haga mediante un texto en cuyo caso el interprete dispone de él, generalmente con tiempo, como para hacer su tarea leyendo aquello que va oyendo al mismo tiempo. Pero la habilidad para la traducción simultánea a mi juicio pasa por la aptitud sintética del traductor. Si se pretende correr detrás del expositor palabra por palabra es seguro que se pierde el texto. Así que lo ideal es escuchar y rápidamente intervenir mediante oraciones sintéticas que den una idea del curso temático seguido por el autor, más que de su estilo, puesto que el trabajo sobre el estilo demanda un cuidado y un tiempo que la traducción simultánea no permite.

Académico Hugo O. M. Obiglio

Deseo felicitar al orador por su brillante a la par que original exposición al abordar un tema que en un principio me parecía que podía tener un perfil totalmente distinto. Es decir un perfil que se centrara en aquello que es la traducción, como se vive hoy en las distintas aéreas del conocimiento. No es lo mismo traducir un texto científico que traducir un texto literario, pero realmente el enfoque me ha parecido de grandísimo valor, y quisiera también recalcar que los comentarios han suscitado un diálogo en cadena que enriquece su exposición. Pero en función de lo que usted dijo quisiera recalcar un aspecto que tiene para mí muchísima fuerza:

me refiero al espíritu que debe vivir el traductor durante su trabajo, es decir el planteo de la espiritualidad del mismo. Con esto quiero recalcar que no cualquiera con un muy buen conocimiento de la lengua puede ser un gran traductor. Tiene que vivir una espiritualidad, tiene que inclusive, lo cito a usted recordar que “el traducir es hacer del otro un semejante”, es decir que debe entrar en la persona a la cual está traduciendo y no es fácil. Uno ha leído textos en donde el original tiene una vivencia para el lector totalmente distinta a lo traducido. La riqueza que yo veía en el original, no la tiene la traducción. Me parece entonces muy importante recalcar que el traductor tiene que considerar además de la espiritualidad particular, su cultura, su sensibilidad, etc., qué es lo que el autor quiso decir, para no caer en el manejo de la sinonimia, y la sinonimia desvirtúa en sí la obra original. Quiero recalcar y agradecer que haya puesto en evidencia esa sensibilidad que usted señaló repetidas veces en su exposición.

Académico Isidoro J. Ruiz Moreno

La exactitud en la traducción debe ser un trabajo absorbente. Eso aleja a quien la efectúa un poco del mundo que lo rodea; y se me ocurre que ha sido un descanso para muchos políticos en medio de los ajetreos terribles que padecieron. Recuerdo en este momento las *Cartas de Lord Chesterfield a su hijo*, que tradujo el Gral. Tomás Iriarte, en su destierro interno de Buenos Aires; después la traducción de la obra de José Chitty, *El efecto legal de la guerra sobre el comercio*, que efectuó Valentín Alsina en el Montevideo sitiado en 1848; a Miguel Cané, quien fuera Ministro del Interior, traductor de Shakespeare.

Por supuesto en esta materia no puede dejarse de citar al general Mitre, el cual como lo recordó el académico Escribano, fue objeto de algunos versos quizás satíricos; y en este momen-

to recuerdo uno: “*Militar, escritor, gobernante, / larga serie de triunfos evoca, / y como si esto no fuera bastante, / nos tradujo el poema de Dante / y se puso de acuerdo con Roca*”.

Académico José Claudio Escribano

Haré un breve comentario concerniente a la observación sobre las emociones que debe sentir un gran escritor ante su obra traducida a quince, veinte, en algunos casos a treinta lenguas, de las cuales no tiene la menor idea, la menor noción sobre que se ha hecho de su obra, por más que sepa que ha estado confiada a editores responsables. Recuerdo un diálogo casual con Ernesto Sábato. Me decía: “Si yo tengo que sopesar todos los comentarios que he recibido, y los voy anotando, por traducciones de mi obra, debería decir que tal vez los más grandes elogios han correspondido a la traducción de mi obra a una lengua escandinava que desconozco por completo, el sueco”. Alguno de los señores académicos, pienso, por ejemplo, en el Dr. Rodríguez Giavarini, debe de haber conocido a ese traductor al sueco de Sabato. Fue uno de los últimos embajadores de Suecia en la Argentina y se llama Peter Landelius.

Académico Manuel Solanet

El castellano argentino se ha distanciado bastante de la lengua madre. En el uso de los verbos en Latinoamérica, se ha dejado de utilizar la segunda persona del plural reemplazándola por la tercera persona del plural. La Iglesia Católica se adaptó a esta circunstancia y hace cuatro años decidió cambiar la liturgia suprimiendo la segunda persona del plural. El momento culminante de la Misa, que es la consagración donde se reproducen las palabras

de Jesús en la Última Cena “tomad y comed todos de Él” donde se dirigía a sus discípulos y a la grey, ha sido traducido por “tomen y coman todos de Él” refiriéndose así o no a terceras personas, nadie lo sabe. Lo cierto es que la propia Iglesia está traduciendo mal la palabra de Jesús.

Así como ocurren estas cosas con nuestro lenguaje, la traducción a otras lenguas que se expresan en distintas variantes y modismos tiene una enorme dificultad. En esta sesión se ha tratado profundamente el tema de la traducción más desde el punto de vista del traductor que del traducido, a pesar de que algo nos dijo el académico Escribano. Todos los atributos que tiene que tener un buen traductor, que han sido suficientemente expuestos, justifican la sospecha del traducido de que no lo harán perfectamente. Sobre todo porque si necesita ser traducido es porque no conoce la otra lengua. De ahí el dicho que aquí se ha repetido: *traduttore traditore*. Esa sospecha existe, pero creo que esto no es algo que debemos ahora discutir. Pero sí destacar la profundidad con la que se ha discutido este tema, la exposición del académico Kovadloff que nos ha satisfecho plenamente y ha despertado en esta sesión opiniones diversas como pocas veces las hemos tenido tan abundantes.

